



Nuevamente la educación está en el ojo del huracán. No es un misterio que los resultados educativos alarmen por su deterioro. Tampoco es posible obviar que sólo la creatividad, el trabajo y la inversión en los talentos humanos pueden transformar nuestros recursos naturales en riqueza social compartida. La última década ha sido testigo de ricas experiencias descentralizadas y comunitarias, foros y encuentros donde han surgido propuestas de alianzas sociales. No banalicemos el debate, ni las ideas en lo accesorio, vayamos a lo prioritario, la finalidad de la escuela es educar. Es la hora de las raíces.

## Editorial

# La hora de las raíces

### De dónde venimos y dónde estamos.

La opción democrática exigió una escuela en cada rincón de Venezuela y la generalización de la educación nos lleva hoy a un poco más de 4 millones de venezolanos en nuestras aulas atendidos por un ejército de 300 mil educadores y personal administrativo. Ochenta por ciento de este esfuerzo y gasto educativo es oficial y puede acreditarse al Estado docente. Estos avances confrontan hoy, el veneno mortal de la mala calidad y pésima gerencia. Sabemos que la educación para las mayorías no llega a todos, ni siquiera la "mala educación". Se estima que sólo 35 de cada 100 venezolanos pasa del noveno grado y la repitencia demuestra que la educación no es pertinente para permanecer en el sistema, amén de la insatisfacción que lleva a muchos a no querer seguir estudiando. Más de la mitad de nuestra fuerza laboral no ha completado la primaria y los empresarios se quejan de la falta de herramientas básicas aún en nuestros bachilleres que dificulta su entrenamiento en las empresas. Los maestros y las familias se sienten enjuiciados sin saber qué hacer. Los requisitos que se piden para la entrada al sistema muchas veces no están en manos de la gente como sucede con los registros de identidad, el equipamiento o la "ayuda a las tareas". Los que logran terminar no salen con un proyecto de vida, ni formados como ciudadanos dispuestos a participar en su comunidad. Para los pobres la educación es un problema, siendo costosa y escasa; en muchos casos se opta por suprimirla. Esta realidad es lo importante, hacer que todos los niños entren al sistema. Lo prioritario y que no admite dilaciones es trabajar para conciliar la expansión y acceso al sistema educativo con la calidad de la educación. Indudablemente, esto exige redefinir el papel del Estado y de la sociedad en su conjunto, para que

las escuelas hagan lo que tienen que hacer y los niños tengan ganas de estar allí.

### Recuperación de lo público

La distinción hegeliana entre lo público del Estado y lo privado de la sociedad civil es hoy obsoleta, porque lo público es una responsabilidad tanto del Estado, como de la sociedad civil. Lo público es ese lugar que nos importa y ocupa a todos, y el Estado se legitima por buscar los intereses universales, el bien común y defender los derechos de todos los ciudadanos. Toda la educación es pública, unas serán escuelas oficiales y otras serán privadas. Hasta hace pocos años la excelencia de escuelas y liceos oficiales garantizaba la movilidad social y la multiplicidad de opciones para la convivencia colectiva. La expansión de las escuelas privadas es una clara evidencia del deterioro de las escuelas oficiales. El supuesto mercantilismo de algunos espacios privados se alimenta de la carencia de opciones que ha dejado el desdibujamiento del Estado docente.

Recuperar lo público lleva a que todos entendamos que no es posible ya delegar todas las responsabilidades educativas en el Estado sino que tenemos que exigir que el aporte estatal imprescindible en la rectoría, gestión y financiamiento de la educación, sea eficiente y movilice a todas las instancias sociales. ¿Por qué extrañarnos de la desintegración en la convivencia social? Baste reconocer que la exclusión de las mayorías de la "felicidad" pública y de la educación como instrumento socializador conlleva a que no se sienten pertenecientes, ni arraigados en el conjunto de la sociedad.

El fracaso escolar significa profundizar desde la propia realidad de la exclusión, de la formación del maestro,

la vida y práctica del aula, la diversidad de talentos y carencias, las opciones de la educación no formal; y esto no es otra cosa que asumir la corresponsabilidad como conjunto de ciudadanos en el quehacer público.

El Estado al representar a la sociedad y legitimarse en la protección y defensa de los derechos de todos los ciudadanos para asegurar la convivencia, tiene que abrirse constantemente al diálogo y la búsqueda de consensos. El debate que nos ocupa debe insistir en la necesidad de más Estado que norme y oriente, que promueva las condiciones necesarias y posibles para el aprendizaje y la formación ciudadana, y más sociedad que asuma corresponsablemente la diversidad de lo colectivo y el enriquecimiento de lo público. Es al Estado a quien le corresponde convocar al consenso para formular un proyecto de país y a la sociedad exigir la armonización, diálogo y participación hacia ese horizonte. El papel del gobierno es formalizar dichos consensos. En el actual debate abstracto e ideológico no se vislumbra la instrumentación del fin educativo, sino pareciera que lo prioritario es la medición y la confrontación de fuerzas. Se discurre sobre el diálogo, pero se imponen decretos o se descalifican propuestas. Se ignora la intermediación de la gente en el hecho educativo, lo cual a claras luces significa un nuevo fracaso.

Por una equivocada connotación, el conflicto lo hemos asociado con violencia, intransigencia o intolerancia. En el quehacer público esto ha significado asumir posiciones como el dejar hacer que las cosas sigan su rumbo o lo que es más grave aún cual profecía autocumplida, nos aseguramos que imperen el desorden y la ineficiencia, y que las leyes no se cumplan. En la hora de las raíces, si queremos un cambio, es necesario ser intransigentes con todo aquello que deteriora lo público, exigir y exigimos, y es-

tar dispuestos al aprendizaje de la negociación y del diálogo corresponsable. Sin fe, ni confianza entre los interlocutores el diálogo es de sordos y la negociación un formalismo más.

### **El debate impostergable**

Tenemos que lograr que todos los niños entren al sistema desde el preescolar hasta el noveno grado. Si sabemos que tenemos que conciliar permanencia y consecución, expansión y calidad, entonces el debate es necesariamente la escuela. ¿Qué es lo que el maestro debe hacer? ¿Qué es lo que el alumno debe aprender? ¿Qué es lo que el director debe hacer? Es impostergable fortalecer la formación del maestro en su capacidad didáctica, pues si bien todos somos iguales también somos diferentes, estimular la pasión por el conocimiento, concebir el oficio de educar como uno de los motivos de vivir, son condiciones que nos hacen revisar seriamente el deterioro existente. ¿Cuántos de los que estudian educación en nuestras universidades serán maestros? La gran aspiración universitaria es ser gerentes de la educación, sin conocer y vivir lo que sucede en el intercambio diario del maestro-alumno.

Hay que transformar la cotidianidad del aula escolar en donde además de aprender a leer y conocer las operaciones básicas, se tiene que aprender a convivir conviviendo. No se trata de cambiar formatos o planillas; hay que transformar lo que sucede en el aula donde el diálogo maestro-niño sea tanto descubrimiento de potencialidades como superación de carencias. Y resaltamos lo de los formatos porque hace unos años se implantó el proyecto de Unidad Generadora de Aula, después vino el proyecto pedagógico de aula, pero sin cambio en las herramientas, seguimos siendo los mismos. Crear pues, las condiciones desde el papel y la tiza hasta el am-

biente de confianza y autoridad en el conocimiento será la verdadera transformación.

La supervisión siempre ha existido y es lógico que si el Estado realiza una inversión quiera saber como se invierte y si se cumple con la finalidad establecida. Pero la supervisión tiene que ser una herramienta pedagógica de acompañamiento y orientación en el proceso de aprendizaje, tiene que ser técnica de enriquecimiento y gestión administrativa. En nuestra tradición lo que existe es un chequeo administrativo que se justifica con el acumular planillas y supuestos controles, pero no hay propuestas pedagógicas que contribuyan al mejoramiento del contexto y de la dinámica del aprendizaje. La escuela supervisada es fundamentalmente fiscalizada con criterios discrecionales. La ausencia de proyectos se sustituye hoy en día con la improvisación, de allí la desconfianza en la manipulación autoritaria.

Transformar la instrucción en educación. Que los directores y las escuelas hagan lo que tienen que hacer. Que los niños tengan ganas de estar en la escuela. Que los alumnos aprendan. Que las familias, empresas, vecinos y comunidades aporten su ingenio y deleguen en equipos humanos capacitados la formulación de nuevas respuestas. Que el aporte estatal y privado redunde en una cultura compartida del quehacer público. Instrumentemos las ideas y asumamos el conflicto como oportunidad.

Estas son las raíces y las tareas a debatir.